

Rachmaninov,  
*Vocalise*, op. 34, n.º 14

3 de noviembre de 1987

Los enanos rusos son los más altos y los relojes rusos los más rápidos, decía el chiste, y mi reloj —un Sputnik, que había comprado en Moscú después de mi recital en el Conservatorio Nacional— hacía justicia a su reputación. De media se adelantaba dos horas por semana, lo cual, considerando mi hábito incurable de llegar tarde a cada clase o reunión, era de gran ayuda. Lo guardaba en el bolsillo delantero de mi mochila de cuero marrón, pues no soportaba llevar nada en la muñeca.

—Son entre las diez y media y las once —le decía a Irina, que estaba frotando la crin del arco de su violín con un trozo de colofonia roja oscura. Estaba apoyada contra la ventana, el pie derecho apuntando hacia la puerta, y me miraba con sus turbadores ojos verdes de una manera a la vez provocadora y tentadora. Estábamos encerrados en el aula 59, en la quinta planta, saltándonos la clase como solíamos hacer un martes sí y otro no. Debajo y en torno a nosotros, los dirigentes hieródulos, con corbatas rojas, azules o Komsomol,\* memorizaban la tabla periódica de Mendeléiev, cantaban himnos a los dioses

\* Unión de la Juventud Comunista: la rama juvenil del Partido Comunista de la Unión Soviética. (*N. del T.*)

del materialismo dialéctico, transcribían invenciones de cuatro partes y recitaban a Maiakovski. De vez en cuando, la voz de Negodnik, el profesor de historia, retumbaba por las escaleras como un fardo extraviado.

—Esta vez no te escapas —dijo Irina, y con el arco intentó sacarme la camisa de los pantalones azules de mi uniforme—. Antes de que acabe, correrás desnudo por toda la escuela.

—Eso ya me lo dijiste la última vez —le recordé, y vacié el contenido de mi mochila encima del piano: los preludios, los estudios, las baladas y los scherzos de Chopin; *Romeo y Julieta* de Prokofiev; las sonatas de Scriabin y los *Estudios trascendentales* de Liszt.

—Tú primero —dijo Irina, y abrió la *Sonata n.º 4 para violín solo* de Eugène Ysaÿe—. Toca las primeras siete líneas de la *Allemande* en tiempo real, utilizando solo la mano derecha.

—¿Y si fallo?

—¡Tendrás que correr en ropa interior hasta el cuarto de baño del ala oeste!

Irina rio como una niña, echando para atrás su largo pelo negro y sujetándose la barriga. Yo me senté al piano y observé el zigzagueo cromático de las sesenta y cuatro notas, un ejército de hormigas furiosas que tomaban por asalto la primera página. Interpretar partitas para violín a prima vista era bastante peliagudo, puesto que las notas que parecían cercanas en el diapasón del violín a menudo estaban muy lejanas en el teclado. Pero yo no estaba asustado. Simplemente la deseaba.

—Esto es una estupidez, Irina —dije, poniéndome en pie y acercándome a ella—. Vas a conseguir que me expulsen de la escuela. Olvidémonos del duelo, y del *striptease*, y pasemos a otras cosas.

Ella levantó la pierna y me detuvo en seco, clavándome la bota en las costillas.

—¡Toca la *Allemande*!

Me volví a sentar al piano y le eché otro vistazo a la partitura,

observando el doble sostenido, los tresillos, los quintillos, los septillos, el si, el si bemol, y el la bemol agudos cuatro y cinco líneas adicionales por encima del pentagrama, las complicadas series de sextas subiendo y bajando, los acordes muy abiertos. Y entonces toqué la página entera, deprisa y seguro de mí mismo, como un estudio bien ensayado; incluso encontré tiempo para respetar los acentos.

—¡Eres tan capullo! —estalló Irina, irritada—. Dios mío, ¿es que nunca fallas?

Apenas podía contener mi alegría. Yo era bueno, maldita sea. Realmente bueno. Además, tenía la pieza perfecta para Irina: «Julieta de niña», de *Romeo y Julieta* de Prokofiev.

—Bueno, cariño, creo que será mejor que te empieces a desvestir. Esta prueba no la vas a superar.

—¡Vigila cómo hablas con los adultos! —dijo Irina, apuntándome con el arco.

—Si solo me llevas un año.

—Sí, pero eso en años humanos. ¡Estoy hablando de mi alma, estúpido!

Colocó la partitura sobre el atril de su violín y estudió las caprichosas escalas llenas de signos de alteración, mordiéndose los labios.

—¿Y si la cago?

Cerré los ojos saboreando todo lo que podría obligarla a hacer.

—Entonces quiero que camines lentamente por la tercera planta, y que pases por delante de la Sala de Profesores, descalza, con el vestido de tu uniforme sin abrochar y sin nada debajo.

Marqué un ritmo con el pie para darle el tempo al que hay que interpretar «Julieta de niña». Irina me miró con ganas de matarme. Estaba más guapa cuando se enfadaba, y la pasión y los impulsos hechiceros de sus antepasados gitanos oscurecían aún más su piel, sus ojos se tornaban más vivos y sus músculos más tensos.

Comenzó de manera fenomenal, exhibiendo el mejor movimiento de arco que he visto nunca, pero, de repente, en el com-

pás seis, dejó caer todas las notas y se derrumbó en la silla junto al piano.

—Tengo una idea mejor —dijo, colocando el violín en el regazo.

—No intentes escaquearte.

—¡No, *escucha!* Voy a subir la apuesta. Voy a tocarte algo que te hará llorar.

—De ninguna manera.

—Si no lo consigo, me pasearé por la escuela completamente desnuda. ¿Qué te parece? Pero si lo consigo, tú... Déjame pensar... Te quitarás los pantalones y entrarás en tu clase por la ventana, como si fueras un lunático. —Soltó una risita floja, y detecté unas notas color violeta que me recordaron el fuego con el que ella anhelaba el secreto placer.

—¿Y cómo voy a conseguir entrar en mi aula por la ventana?

—Tendrás que salir por esta ventana y caminar por la cornisa.

—¡Caminar! ¡Pero si en esa cornisa no me caben ni los dedos de los pies! Por no hablar de que no hay donde agarrarse.

Conocía la cornisa en cuestión, pues no hacía mucho había tenido que colocarme en ella para recuperar mi boletín de notas, que alguien había arrojado detrás del tubo de desagüe de la quinta planta.

—¿Y bien?

—Estás loca, Irina. Pero por mí perfecto, porque nunca me harás llorar.

Sonriendo, Irina ajustó las clavijas del violín, extrajo unos prolongados sol, re, la y mi con el arco, se sujetó el pelo a los lados con horquillas, desabrochó los tres botones de arriba de su uniforme azul marino y, a continuación, con las piernas abiertas, comenzó a tocar *Vocalise* de Rachmaninov.

Era incapaz de mirarla, porque me ponía terriblemente caliente. Miré por la ventana y me acordé de la lluvia helada que había caído por la noche, dejándolo todo cubierto de una diminuta capa de hielo. Los castaños, que aún tenían unas cuantas

hojas amarillentas, relucían al apagado sol de noviembre como frágiles esculturas de cristal. Al otro lado de la calle, el escaramujo que había junto al estanque del Jardín de los Médicos parecía una brocheta de cristal, y sus frutos escarlata brillaban como rubíes. Las fachadas de estuco gris de los edificios de apartamentos estaban rodeadas de papel de plata; lágrimas plateadas adornaban los alféizares. Irina tejía coronas funerarias, honrando cada nota descendente como si fuera un héroe caído. Agarrar una cosa y soltarla de repente: ¿no era ese el rasgo fundamental del alma eslava? La espiral descendente, la oscuridad, la melancolía, pero también renunciar a todo eso, la apertura de las grandes puertas de la catedral de San Basilio en la Plaza Roja. Llevaba demasiado tiempo aferrado a mi miserable existencia; tocando el piano como una máquina, obsesionado con cosas que solo me hacían más débil, compitiendo con otros para ser el número uno. Sabía que algún día me desembarazaría de todo lo que me importaba. Me alzaría por encima de ello y, por un momento, sería más feliz. Si-domi-sol-la; subía, como un pájaro.

Me acordé de nuestro primer beso, en séptimo curso, cuando Irina y yo alquilamos un pequeño bote de remos junto al estanque del Puente del Águila; me acordé de las ciudades que había visitado durante mis conciertos en Italia: Bolonia, Venecia, Nápoles, Roma. Quizá la diferencia entre los demás chicos de la escuela y yo era que yo sabía con certeza que todos estamos encarcelados en un remedo de realidad. Había mirado por encima del muro y había visto lo que había más allá. Tenía pruebas: una pluma estilográfica Parker plateada que me dio como regalo una familia del sur de Italia que quiso adoptarme después de uno de mis conciertos.

Irina regresó al principio y repitió el tema principal. Nunca se me había ocurrido lo doloroso que era el fa natural, que viene justo después de que el pájaro de fuego suba del inframundo, cuando el mi menor se convertía en fa mayor; qué aleccionador,

qué desalentador. De repente, me acordé de lo que me había dicho Igor el Cisne la última vez que me lo encontré en la calle, delante de la escuela: «¡Todos hemos sido creados idealistas!», me anunció con su habitual osadía, agitando un dedo en dirección al cielo.

Ahora me escocían los ojos, pero eso no tenía mucho que ver con la interpretación de Irina del *Vocalise*. Al menos no del todo. Había algo devastador en la declaración de mi profesor de música de cámara. Porque si todos habíamos sido creados idealistas, entonces la vida estaba destinada a ser una decepción tras otra. Pero también estaba la música. Desaprendía las mentiras con una mano y las repetía con la otra.

Me volví hacia Irina. Había dejado de tocar y me miraba con una mezcla de burla y compasión. ¿De verdad me obligaría a hacer algo tan estúpido? Ya lo creo que sí. Un trato era un trato. De una manera u otra, me había hecho llorar.

Me quité los zapatos y, a continuación, los feos pantalones de uniforme y los calcetines. Por suerte, la cornisa no estaba helada. Anudé los cordones de los zapatos y me los eché al hombro, y los pantalones al otro. Luego salí por la ventana y, de cara a la pared estucada, alargué el pie derecho hacia la cornisa. Irina se reía detrás de mí, tapándose la boca con la mano. ¡Todo aquello le parecía divertido! O a lo mejor pensaba que no me atrevería. Dos pasos a la derecha y ya no había nada a qué agarrarse. La distancia hasta la esquina del edificio era de unos diez metros. Después había otros diez de la esquina a la ventana de mi clase. ¿Y si estaba cerrada?

Miré a mi espalda, en dirección al tejado de cinc que se extendía sobre la Sala de Conciertos n.º 1, sobre el que se desperdigaban libros de texto, escobas y esponjas. ¡Qué manera tan absurda de morir! Y, sin embargo, no era tan absurda como mi vida en el Tártaro, bajo los cielos de granito, durante el reinado de

los enanos rojos. Pero ahora no podía permitirme sucumbir al pánico, ya caminaba de puntillas y de lado cinco plantas por encima del suelo, cubierto solo por mi ropa interior blanca, rumbo a la anciana *devushki* de la puerta de al lado. Me sentí como si de pronto estuviera tocando delante de un nutrido público y me entrara vergüenza; ese pánico que de improviso se apodera de la mente y el cuerpo cuando te das cuenta de que llevas tocando una balada de Chopin desde hace muchísimo tiempo, y, sin embargo, todavía tienes que llegar a la coda. Olvidarse de uno mismo otra vez, cuando acabas de tener conciencia de ti en mitad del concierto: eso es lo más difícil de hacer en escena, y quizá en la vida. Un día cometería un error, eso lo tenía claro. Un día me caería. Solo que no sería ese.

Desde donde me encontraba, podía oír las notas del registro agudo del Yamaha de la Sala n.º 2, cinco pisos más abajo. Alguien estaba ensayando el *Preludio en la menor* de Chopin con una tosquedad desvergonzada, exagerando la inherente frialdad de la progresión de acordes. Haciendo equilibrios en la cornisa del edificio, sin poder agarrarme a nada más que a mi voluntad, me acordé de mi duodécimo cumpleaños, cuando la Mariquita me regaló la partitura de los preludios completos y me ordenó que me pasara la noche leyendo el *Preludio en la menor* sin tocar el piano. De esa manera, antes incluso de interpretarlo, lo oiría en mi mente. Había oído el burdo cromatismo de la mano izquierda y la voz sombría y decidida de la derecha. Había oído cómo iban separándose la voz y el acompañamiento hasta que la voz quedaba completamente sola, un monólogo que no iba a ninguna parte y no decía nada. Lo que no había oído mientras leía la partitura era el *swing* de la mano izquierda, que evocaba el sonido de un organillo roto tocado en las calles de París o Varsovia, en mitad del invierno, un invierno eterno de cielos grises y candelabros de hielo y perros callejeros que dormían sobre las humeantes tapas de la alcantarilla. En el pentagrama de abajo: el sabor a tierra, gusanos y polvo; el olor a hojas muertas

e incienso. En el de arriba: la luminosidad de la conciencia que comprende la fugacidad y la predestinación. Tres contenidos acordes mayores marcaban el momento de la muerte, porque la muerte era dulce. Era nuestro verdadero hogar, el lugar que habíamos abandonado y al que intentábamos regresar. Es por lo que habíamos pasado antes y por lo que volveríamos a pasar, un momento de verdad que suspendía el peso del pensamiento y el peso de la voluntad a la hora de habitar un universo muerto.

Sonó el tercer timbre justo cuando llegué a la esquina y, poco a poco, avancé hacia la ventana de mi aula, que por suerte estaba abierta.

— Ahí viene — oí que anunciaba Lilly desde el interior —. ¡Todos los alumnos en pie!

Seis metros más, quizá siete. Avanzaba lentamente de lado, imaginando que mis dedos eran imanes que se agarraban a la pared de estuco con gran fuerza. Sentía los ojos asustados de los transeúntes de la calle Oborishte, pero me negaba a mirar hacia abajo ni a mi espalda. Un paso más y estaría a salvo. Estaría sentado cómodamente dentro del amplio marco de la ventana y me pondría los zapatos y los pantalones. El miedo había desaparecido, y también la náusea.

Observé a través de las cortinas justo en el momento en que el Cuervo, flanqueado por Angel y Ligav y sacudiendo sus cincuenta y seis pulseras, entró por la puerta y se dirigió al centro del aula, colocando un triángulo, un compás y un diario sobre la gran mesa del profesor. Merece la pena señalar que la mesa del profesor —en sí misma un instrumento de poder— estaba marcada con cinco líneas blancas horizontales que eran un permanente recordatorio de la laboriosa tarea de lijar una pintada que alguien había grabado en la madera con un cuchillo y luego rellenado de tinta, un manifiesto anónimo de cinco líneas que articulaba la realidad de salir con chicas que también eran músicos profesionales. El manifiesto rezaba: «Las lesbianas tocan el piano. Las putas tocan el violín. Las descerebradas tocan la



flauta. Las bastas tocan el violonchelo. Las cantantes no tienen cerebro». Incluso las chicas de nuestra clase tenían que admitir que el manifiesto contenía algunas verdades incontrovertibles, aunque no tardaban en señalar que todos los músicos varones, por su parte, eran socialmente retrasados, imbéciles absolutos, maricas enamorados de sus madres, o todo ello junto..., cosa que, en gran medida, también era cierta.

Ángel se había vuelto a presentar voluntario para estar de servicio. Estar de servicio significaba ser responsable de que la pizarra estuviera inmaculada, el agua del cubo limpia, la esponja en la repisa de la pizarra, y de que hubiera tiza suficiente para que durara hasta que los americanos nos bombardearan.

Eché un vistazo a los alumnos ejemplares de la fila del medio: Lilly, la violinista; Dora, la violonchelista; las dos Marias y los gemelos, Ligav y Mazen: ambos tocaban el corno francés y carecían de talento, y siempre se comportaban como pedantes de sesenta años: asentían con la barbilla bien alta, contemplando la sabiduría transformadora de la aritmética con el ceño fruncido, siempre con un «¡Ajá!» a punto cuando, por ejemplo, el profesor de historia nos anunciaba que, en realidad, la Revolución francesa había comenzado en el año 72 a.C. en el sur de Italia y la había liderado Espartaco, un comunista de nacimiento que había comprendido perfectamente las obras de Marx y Engels sin haber tenido que leerlas jamás.

De costumbre, me sentaba solo en el penúltimo pupitre a la derecha, detrás de Bianka e Isabel. Los padres de Bianka eran judíos húngaros, pero eso era algo que no se comentaba. No era una pianista especialmente buena, cosa que para mí era un poco difícil de aceptar porque estaba un poco enamorado de ella desde séptimo curso. Incluso entonces, en noveno, con todo lo que había ocurrido entre Irina y yo, Bianka seguía despertando mi curiosidad, y no era ajeno a ello el que fuera una joven aspirante a burócrata del partido y me resultaba divertido imaginar qué me apetecería hacer con el enemigo. De vez en cuando, nos

encontrábamos antes de la escuela o dábamos una vuelta por la tarde. Nos sentábamos juntos durante los recitales nocturnos y caminábamos por el Jardín de los Médicos. Llevábamos dos años así y ni siquiera nos habíamos dado la mano. Mi amigo Alexander —último pupitre de la fila de la izquierda— afirmaba que todo tenía que ver con el hecho de que Bianka no tuviera tetas. Las chicas sin tetas, me dijo en una ocasión mientras fumábamos en el desván durante un largo descanso, carecen por completo de pasión. Tampoco es que le creyera. Él nunca había tenido ninguna relación con una chica, más allá de follar con las de décimo curso en un lavabo de la escuela.

El Cuervo era increíblemente baja —aunque no lo bastante baja como para calificarla de enana— y llevaba una falda negra, tacones de aguja y una rebeca de lana con las mangas arremangadas por encima de los codos. El pelo, ondulado y teñido de negro, lo llevaba peinado al estilo melena de león. Tenía la barbilla triangular y una nariz también triangular, excesiva y permanentemente inflamada, así que parecía siempre a punto de ponerse histérica.

—Querida profesora y camarada —Angel inició el informe de rigor—, los alumnos de noveno curso, sección B, están totalmente preparados para comenzar la clase de geometría. Hoy están ausentes los alumnos número dos, diez y catorce. Este informe lo presenta el alumno número uno.

—¡No estoy ausente! —dije mientras entraba por la ventana abierta y me colocaba detrás de la espalda de la profesora, provocando una oleada de carcajadas contenidas por toda el aula.

El Cuervo se dio la vuelta bruscamente y me examinó de pies a cabeza. Estaba ridículo con mi uniforme escolar. La chaqueta azul de poliéster y los pantalones a juego me quedaban demasiado estrechos, mientras que mi camisa blanca siempre estaba manchada y arrugada. Me había arrancado de la manga la insignia de la escuela (una fusión inverosímil y mal ejecutada de un clavicémbalo y un libro abierto), dejando un agujero en la

chaqueta. La guardaba en el bolsillo para poder enseñársela a los agentes del gobierno que patrullaban las calles.

—¿Dónde estabas cuando he entrado? —me preguntó furiosa el Cuervo, poniendo a prueba la afilada punta de su compás con el dedo.

—Ahí —contesté, señalando el cielo plomizo que se veía cerca del mar de tejados.

Lilly levantó la mano y dio un paso hacia delante.

—Me gustaría decir que Konstantin acaba de entrar por la ventana. ¡Y no ha traído nada para escribir!

Volvió a mirarme y a continuación miró a Bianka, con una mueca de qué se le va a hacer.

—¡Buenos días, estudiantes! —gritó el Cuervo, haciendo caso omiso del comentario de Lilly.

—¡Larga vida al profesor! —contestaron todos.

—¡Sentaos! Todos menos el número catorce. El número catorce va a hacer una demostración del teorema que comentamos la última vez. Venga, coge un trozo de tiza.

—Di un recital ayer por la noche —dije—. No tuve tiempo de estudiar.

El Cuervo soltó una carcajada con su profunda voz de barítono fumador.

—¿Y qué? Todo el mundo en...

—¡El Partido Comunista y todas las esferas superiores del poder, incluyendo el Instituto Nacional de Gnómica y el Ministerio de Bosques y Metales Pesados! —ladró Alexander, poniéndose en pie de un salto para llevar a cabo un saludo militar. Bajito y fornido, Alexander tenía una cara fofa y unos angelicales ojos azules que ocultaban una vena cruel. Tocaba el piano, pero se preparaba para ser cantante de ópera. Éramos amigos desde cuarto.

—¡Siéntate! —ordenó el Cuervo, con la cara roja de ira—. ¡Si me vuelves a interrumpir una vez más, Alexander, estás expulsado! Como estaba diciendo, todo el mundo en esta escuela toca un instrumento e interpreta en público, y eso no puede disminuir

su capacidad para estudiar todas las asignaturas que vamos a enseñaros para que se conviertan en miembros respetables de la clase trabajadora. ¡Sin física, biología, química, *matemáticas...*, sin las matemáticas no sois nada! Sois medio humanos, a pesar de que puede que muchos os traten como si fueseis algo especial.

El Cuervo, que siempre había sido una acérrima empirista, estaba perpetuamente irritada por el hecho de que los alumnos de la Escuela de Música de Sofía para Jóvenes Talentos solo aprendieran física, biología, química, álgebra y geometría en noveno curso. No soportaba la idea de que algún día todos estuviéramos inmersos en la brujería del sonido, totalmente libres para olvidar que las ciencias habían existido.

—Todo lo que hicieron Bach y Chopin fue transponer principios matemáticos básicos al campo de la música —prosiguió el Cuervo—. Todo lo que podéis pensar se explica por las matemáticas. Incluso...

—La declaración unánime del Catorce Congreso del Partido Comunista expresaba la idea de que nuestras metas inmediatas y a largo plazo son...

—¡*Alexander!*

—El desarme, la estabilización y la abolición del Culto a la Personalidad, sin decir quién era esa Personalidad, puesto que nombrar a esa Personalidad también significaría crear un culto a la Personalidad, lo cual...

—¡Entrégame tu cuaderno de calificaciones y sal de clase! —chilló el Cuervo, dando un puñetazo sobre la mesa. De un momento a otro, Angel se ofrecería para traerle un vaso de agua.

Alexander pasó por delante del Cuervo, levantó la mano derecha para saludar, giró la cabeza hacia la izquierda, la cara deformada en una vacua sonrisa, igual que los cretinos soldados de la Academia Militar que uno veía marchar delante del mausoleo en los días de celebración nacional. Cuando pasó por delante de mí, asentí con la cabeza para darle las gracias. Gracias, *kopeleh*, por burlarte de la zorra.

Justo antes de salir, Alexander se dio media vuelta e hizo una reverencia. A continuación, dio un portazo lo bastante fuerte para que la soprano y el pianista que practicaban al final del pasillo se quedaran en silencio y un enfurecido profesor preguntara en voz alta si aquello era una escuela de música o un circo.

De pie junto al Cuervo, era imposible resistir el impulso de examinar el enorme lunar peludo que tenía en la base de la nariz, ni sus pobladas cejas, lo bastante tupidas como para ocultar un pequeño lápiz y quizá unos cuantos clips.

—Ponme un suspenso —dije y me encaminé a mi pupitre.

Tenía ganas de darle una colleja a Lilly y de tirarle todas las cosas al suelo, pero entonces me acordé del día en que decidí asistir a una de las habituales sesiones orquestales de después de las clases en la Sala n.º 1, en las que participaban todos los alumnos de cuerda —creo que interpretaban a Schubert— y el director le dijo a todo el mundo que parara para poder oír a Lilly tocar su parte a solas. La toxicidad de su interpretación —la radiación— hizo enfermar a todos. Pero tampoco era culpa suya si había nacido en una familia campesina, con la misma aptitud para la música que un cocodrilo y, con la ayuda de su padre, miembro del partido, y de un sistema que promovía la mediocridad, había acabado matriculada en una escuela musical para *jóvenes con talento*. Si alguna vez compites con otros músicos para ganar un premio, sabes que alcanzar la perfección puede costarte la vida. Una nota equivocada, una frase melódica liada, y puedes acabar en un manicomio... o peor aún, en una bañera con las venas abiertas. Ver prosperar la mediocridad en un lugar donde la perfección era la norma no resultaba solo ofensivo; era una tortura. Y, sin embargo, Lilly me daba pena. Ella sabía que no servía. Los que no tienen talento siempre lo descubren. Esa es su tragedia.

—Vuelve a la pizarra y ponte con el teorema —me dijo el Cuervo más calmada, hojeando su diario—. Vas a ganarte un suspenso, número catorce. Y si decides no hacerme caso, te

echaré y te pondré una falta de asistencia. Veo aquí que solo necesitas otra para que tu actitud personal descienda a Satisfactoria. Y todos sabemos lo resbaladizo que se hace el terreno a partir de entonces. ¡Me pregunto qué clase de pianista serás en cuanto te hayan expulsado de la Escuela de Música de Sofía para Jóvenes Talentos!

Casi todos los borregos —Ligav, Mazen, Angel, Lilly y Emile (un pianista con pecas y ralo pelo rubio)— prorrumpieron en una carcajada, lo cual estuvo muy bien. Después de nueve años de colegio y cuatro años de guarderías del gobierno, donde a los chicos malos los enviaban a casa con una pegatina negra en su uniforme azul, yo era prácticamente inmune a cualquier forma de humillación, excepto la que tenía lugar cuando tocaba en público. Al final, lo que de verdad contaba eras tú en escena. El Cuervo y los borregos nunca podrían herir a Konstantin el pianista. Mientras estaba junto al Cuervo, sin hacer nada, junto a la pizarra, con una tiza en la mano, aún podía hacer que se sintieran pequeños. Mientras me reía con ellos, me reía de su pedestre imaginación. En cuanto al Cuervo, que sacudía sus cincuenta y seis pulseras, no era más que un viejo espíritu maldito con un insaciable apetito de venganza y ningún don. Podía verlo en sus ojos. Esas tierras estaban infestadas de espíritus viejos, maquinadores, caídos: los espíritus de los guerreros tracios y mongoles, de esclavos romanos, de serbios y búlgaros cegados y decapitados, de filósofos griegos exiliados, de turcos e ilirios; dicen que todos los nacidos aquí están malditos, y es cierto que yo también llevaba la sombra de esa maldición en mi alma.

No recordaba exactamente cómo había empezado esa guerra abierta entre el Cuervo y yo. ¿Me había odiado nada más verme, cinco años atrás? ¿O había comenzado a odiarme unos pocos años más tarde, cuando su sobrina, una pianista de segunda fila con el pelo por la cintura y los dedos increíblemente cortos, fue admitida en la escuela bajo dudosas circunstancias? ¿O todo comenzó en sexto, cuando mi padre, durante su última aparición

en una reunión de padres y alumnos, le dijo al Cuervo que me había dado por imposible?

—Dibuja un triángulo isósceles y dime qué tipo de ángulo es cada uno —dijo el Cuervo, sin volverse para mirarme.

—Perdona... —dijo Slav, sentado en la primera fila junto a la puerta, levantando la pluma y señalándose los labios y la lengua, que tenía manchados de tinta.

Slav —un violinista que se parecía enormemente a Paganini— era conocido en la escuela por su costumbre de chupar la tinta de las plumas. Según él, lo hacía para poder ir al cuarto de baño y escapar de los profesores, aunque solo fuera por unos minutos. Cualquiera día de la semana se podía ver a Slav dando vueltas por el edificio, transportando la funda de su violín agrietado de cien años de antigüedad, con la cara, las manos, la camisa y la chaqueta manchados de tinta. Tanto él como Ivan —otro violinista que se sentaba a su lado en clase— tenían mucho talento, sobre todo Ivan, y a menudo se les citaba como prueba de la extendida idea de que los músicos con talento eran invariablemente un tanto cochinos. Ivan, por ejemplo, era capaz de transcribir los primeros diez compases de una fuga a cuatro voces después de oírla una sola vez: una proeza de genio que bordeaba la enfermedad, pues incluso los oídos mejor entrenados de la escuela solo podían transcribir siete u ocho compases de una melodía monofónica tras haberla oído una sola vez. Ivan también era famoso por haber subido una vez a escena para dar un recital (el arco en la mano derecha y el violín en la izquierda), haber tropezado y caído al suelo con las manos extendidas detrás de la espalda como si fueran dos alas, desafiando cualquier instinto de conservación conocido. Se rompió la nariz y se abrió una ceja, pero no permitió que el violín y el arco tocaran el suelo, lo cual, como explicó posteriormente, habría sido un «grave *faux pas*».

Slav regresó de su viaje al cuarto de baño con el agua goteándole de la cara y el pelo, y los labios aún negros de tinta. Yo ya llevaba diez minutos de pie delante de la pizarra, y estaba

dispuesto a resistir otros treinta. El Cuervo quería que me sintiera humillado, que me sintiera como si me hubiera subido al escenario y de repente se me hubieran olvidado todas las notas del repertorio.

— ¡Escribe lo que sea! — se quejó Lilly.

— Nos está haciendo perder el tiempo a todos — murmuraron los gemelos, quitándose el polvo de las mangas de la chaqueta.

No me avergonzaba mirar a la cara a mis compañeros de clase. Todos ellos me habían apuñalado por la espalda, en un momento u otro. A excepción de Bianka y Alexander. Pero ninguno de ellos me importaba. Aquello no era el escenario, y la geometría no tenía nada que ver con la vida. La vida era mucho más que el Cuervo y su espantoso lunar, sus pulseras pitagóricas, sus números absurdos; mucho más que la mirada hostil de mis compañeros de clase, que el aula color mostaza, el linóleo rajado del suelo, el piano de estudio Chaika con la laca mellada y al que le faltaba la tapa; era mucho más que las ventanas de dos metros de alto con sus mecanismos de cierre y asas de latón de más de un siglo, las tejas de arcilla, la cúpula dorada de la catedral Nevski, las ramas de los árboles combadas por el hielo, y las reglas que gobernaban el tráfico y hacían que gente insignificante subiera y bajara de los tranvías y los autobuses para ir a trabajar; más grande que las calles de adoquines amarillos, los Volgas gubernamentales ocupados por gordos y grasientos burócratas del partido que comían cerezas recién cogidas en mitad del invierno, y que la momia de Georgi D. en su ataúd de cristal — una bella durmiente rellena de algodón —, que las pancartas que anunciaban la abolición del Culto a la Personalidad, y que los alumnos de tercero con sus corbatas azules, los de quinto con sus corbatas rojas, y los de noveno con sus corbatas Komsomol, y la policía con pentáculos en las gorras, y los generales del ejército que venían a nuestra escuela cada año y nos hacían desnudarnos y a continuación nos examinaban el cuerpo para decidir si era lo bastante dulce para alimentar al insaciable enemigo imperialista.



La vida era mucho más que todo eso. La vida era salir de la Escuela de Música de Sofía para Jóvenes Talentos una vez que había oscurecido —al final de un largo día de clases, sesiones de conjunto, clases de piano y prácticas adicionales— y pasearse por la calle Zar Shishman, pasar por la Asamblea Nacional y el Instituto Ruso, junto a las pastelerías y los viejos edificios de apartamentos de escaleras mal iluminadas y cocinas apretadas cubiertas con cortinas baratas, pasar junto a la sucia pescadería con un tanque gigantesco lleno de peces muertos y cangrejos flotando en la superficie, cruzar la calle para evitar la Jefatura de la Seguridad Nacional y sus cretinos soldados de guardia abrazados a sus Kaláshnikovs como si fueran bebés recién nacidos, pisar la hierba junto al cartel de «¡Se prohíbe pisar el césped!» y rodear los apestosos retretes públicos subterráneos, y entrar en el pequeño parque que tenía un estanque y un sauce llorón, palomas de aspecto tristón, y los borrachos, los pacientes de cáncer en pijama, los enfermos mentales, y los perros callejeros, y las viudas con la cabeza tapada; y luego sentarse bajo el sauce llorón y encender un cigarrillo, consciente del tiempo y la gravedad, y de imparable procesos de metamorfosis; consciente también de la luz cálida y dorada que irradia la puerta de la antigua iglesia de los Siete Santos en la periferia del parque y del sacerdote ortodoxo de sotana negra que atiende a su diminuto dios, a su dios sordo, mudo, ciego, sin extremidades, impotente, expulsado del Reino de los Científicos, Proletarios y Pensadores empíricos por mal comportamiento. Un dios diminuto con una actitud personal cada vez más baja.

La vida consistía en tocar los preludios de Chopin para ti; esperar con impaciencia y sobrevivir a la caprichosa y prolongada primavera de Sofía, cuando florecían los cerezos, cuando los chicos y las chicas caminaban de la mano y hacían el amor por la noche en un banco del Jardín de los Médicos o en la parte de atrás de un tranvía vacío sin iluminar; cuando tantos adolescentes decidían separarse del rebaño y ahorcarse en el desván de la

abuela, o derramar la sangre en una bañera, o saltar del último piso de ese instituto, casi siempre sin dejar ninguna nota, pues las notas de suicidio eran bastante presuntuosas y de mal gusto: siempre subestimaron la inteligencia de aquellos que optaban por esperar a su fin natural.

La vida consistía, por último, en comprender la gran perfección, en situarla en el tiempo, en probarla y disolverse en ella. Y la gran perfección era la muerte. La muerte, la morada final. La muerte, la dulce cura. La muerte, la única verdad. Hay tres acordes mayores —tónico, dominante, y tónico de nuevo— al final del *Preludio en la menor* de Chopin.

Según el reloj de Angel, eran las 11.05, lo que significaba que todavía nos quedaban otros veinte minutos hasta el final de la clase. A Bianka se la veía tan mona, tres filas más atrás, la cabeza apoyada en la palma de la mano, mirando sombría por la ventana. Sus ojos aún eran más bonitos cuando estaba triste. ¿Estaba decepcionada conmigo? Tal vez. Yo ni siquiera era capaz de demostrar un sencillito teorema. Había suspendido todas las asignaturas a excepción de piano, solfeo, música de cámara y contrapunto. Ni siquiera tenía la dignidad de decirle al Cuervo que se fuera a tomar por el culo.

Estaba cansado de jugar a profesores y alumnos. Incluso mi manera de tocar el piano, que según la gente nada tenía que envidiar a los mejores, era por entonces un acto de desesperación. Sabía que no podía ganar. Imposible contra el acoso de la mediocridad; imposible contra los robots que tocaban diez horas al día, sacaban las mejores notas y hacían exactamente todo lo que les decían; imposible contra los protegidos de la nobleza proletaria que tenían las manos y la sensibilidad de estúpidos levantadores de pesas. Sin embargo, seguía tocando, seguía perfeccionando las escalas cromática y diatónica, los arpeggios y la progresión de acordes, la voz —pues la voz lo era todo—. De los miles de intérpretes, solo uno o dos pianistas tenían voz. Hasta un niño de diez años podía aprender a tocar Rachmaninov. Las

piezas lentas eran las más difíciles —los nocturnos, los preludios, los serenos pasajes de las baladas y los scherzos—, porque precisaban solo de voz. Y por la mañana, por la tarde, e incluso en plena noche, yo buscaba la fuente secreta de la *voz*, apretaba una sola tecla, escuchaba su sonido con todas las células del cuerpo, afinando mi ser interior a la resonancia del éter.

Había comenzado a llover, y, allí de pie con un inútil trozo de tiza en la mano, delante de la pizarra, me pregunté si mis cigarrillos se estarían empapando. Todas las mañanas, antes de ir a la escuela, me colaba por la estrecha puerta adyacente a la entrada principal de la escuela y ocultaba mis cigarrillos en el *pushkom*, un espacioso patio rodeado en sus cuatro lados por una alta tapia de ladrillo recubierta de musgo. Esconder los cigarrillos fuera de la escuela era esencial para los alumnos que tenían una actitud personal baja, pues cada vez que nos acercábamos a la puerta principal nos registraban. En una ocasión en que los dos profesores de gimnasia y Bankoff pararon a Alexander para un registro rutinario al final de un prolongado recreo, este se arrodilló y en un instante se comió los seis cigarrillos que escondía en la manga. Estábamos en guerra con el Estado, y los cigarrillos, el alcohol y el diazepam eran nuestras armas preferidas. Los cerdos comunistas poseían nuestras vidas; poseían nuestras manos y nuestros dedos, nuestro talento; poseían nuestra infancia y nuestras mentes, que abarrotaban sin cesar de arcanos en salmos y eslóganes que presagiaban el alba del Supremo Orden Social. «¡En un cuerpo sólido, un espíritu sólido!» «El amor es la responsabilidad de entidades solitarias que funcionan para formar células sanas proletarias.» «Hacer ejercicio es el deber principal de todo hijo e hija de la clase trabajadora.» «La juventud es el terreno fértil del Ideal Comunista.» Querían entidades saludables y amantes del trabajo que marcharan, saludaran y procrearan con el solo propósito de llenar el Brillante Futuro con entidades todavía más saludables y amantes del trabajo. Bueno, pues no se las íbamos a dar.

Íbamos a destruir su propiedad más preciada: en un cuerpo podrido, un espíritu eternamente muerto. El amor es joder en lugares públicos y abortar cualquier progenie accidental. Hacer ejercicio es fumar dos paquetes al día, beberse ocho pintas de cerveza en la taberna del bulevar Dondukov durante el recreo y robar analgésicos en la consulta de la enfermera. La juventud es sentirse un viejo de setenta años, misántropo, y estar dispuesto a morir a los quince.

En sus pupitres, los borregos se esforzaban haciendo un examen que el Cuervo les había puesto solo para que dejaran de bostezar. A lo mejor la Mariquita venía a rescatarme de esa pesadilla. Ya lo había hecho antes. Llamaba a la puerta, se disculpaba por interrumpir y, a continuación, le preguntaba al Cuervo si sería tan amable de dejarme asistir a un ensayo. ¡Ah, la corriente eléctrica que pasaba entre ambos! Mi hermosa profesora de piano de treinta y un años nunca perdía la ocasión de demostrar su superioridad sobre los habitantes musicalmente retrasados de la escuela. En un instante, yo pasaba de ser un paria perseguido a un muchacho con un don extraordinario que merecía privilegios sin igual. ¿Acaso no era el *talento* lo que más les importaba? ¡Qué injusto, qué poco marxista y poco proletario era nacer con talento! Si todos nacíamos iguales, y el talento era simplemente el resultado del esfuerzo, ¿por qué algunos —Vadim, por ejemplo— alcanzaban la perfección de manera espontánea, sin tener que practicar nada? ¿Y qué materialismo empírico podía explicar por qué algunos chavales *aprendían* a tocar el piano, mientras que otros simplemente parecían *recordarlo*?

—Perdona —dijo Slav, poniéndose en pie torpemente y golpeando la funda del violín apoyada contra su escritorio. Se dirigió hacia la mesa del Cuervo, la tinta goteando de las manos y la nariz—. Me temo que... otra vez...

—Pero ¿a ti qué te pasa? —gritó el Cuervo, y señaló la puerta—. ¡Desaparece de mi vista! ¡Fuera! ¡Esnifar tinta en mi clase! ¡Como un *animal*!

Alguien en el pasillo se echó a reír y todos oímos que Alexander decía claramente que, por regla general, los animales no esnifan tinta.

La voz del Cuervo pasó a un barítono bajo.

— ¡Mequetrefes mocosos! ¡Todos mereceríais que os enviaran a la Escuela Correccional de Trabajo Intensivo! Número catorce. Muy bien. Te has ganado un suspenso y voy a hacer todo lo que está en mi poder para que suspendas este semestre. ¡Lo prometo!

Coloqué la tiza en la repisa de la pizarra y regresé lentamente a mi pupitre. Nunca me había producido tanta satisfacción sacar un suspenso.